



Ángel de Saavedra, Duque de Rivas

Arias Gonzalo

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Ángel de Saavedra, Duque de Rivas

Arias Gonzalo

PERSONAS:

INFANTA DOÑA URRACA, señora de Zamora.
ARIAS GONZALO, su ayo y consejero y padre de
PEDRO ARIAS,
DIEGO ARIAS,
GONZALO ARIAS,
DON DIEGO ORDÓÑEZ DE LARA, caballero castellano.
GÓMEZ, paje de la infanta.
COMPARSAS
DAMAS de la infanta.
REGIDORES DE ZAMORA.
CABALLEROS zamoranos.
PAJES de la infanta.
GUARDIAS.

La escena es en un salón del alcázar de Zamora, con dosel al fondo, y a un lado, un sillón y mesa con recado de escribir.

La acción empieza a media mañana y concluye antes de anochecer.

Acto primero

Escena primera

La INFANTA y ARIAS

INFANTA.

(Aparece sentada junto a la mesa, y al ver entrar a Arias se levanta y va hacia él.)

¡Anheloso tu vuelta deseaba

mi inquieto corazón, Arias Gonzalo!...

¿Escuchó el rey tu voz y el ruego mío?

¿Traes a Zamora paz y a mí descanso?

ARIAS.

No, señora; pues sordo a las razones

y a la justicia vuestra, el rey don Sancho

sólo de la ambición el grito escucha,

olvidando, feroz, que es vuestro hermano.

Ni paz ni tregua admite. Guerra y muerte,

y sangre y exterminio está anhelando.

Vuestro mensaje oyó como pudiera

propuestas viles de traidor engaño,

y sin dejarme hablar en nombre vuestro,

cual varias veces pretendió mi labio,

«Arias, no os detengáis; tornad, me dijo,

y a la infanta decid que intenta en vano,

desarmarme con ruegos y plegarias,

de su corto poder indicios claros.

Que o me entrega a Zamora en este día,

o antes que el sol se esconda en el ocaso

verá a mis invencibles escuadrones

dar a sus muros vencedor asalto.»

No me habló más; alzóse de su silla,

y una mirada de furor lanzando,

volvió la espalda, y ordenó a los suyos

que al punto me arrojaran de su campo.

INFANTA.

¿Un rey..., un caballero, injusto, aleve,

así rompe la fe de los contratos?

¿Así comete tan atroz perjurio?

¿Mi herencia respetar no juró en manos

de nuestro padre? ¿Así la voz desoye

de honra y de religión; el grito santo

de la sangre no escucha, ni le mueve

de una infeliz mujer el ruego y llanto?

ARIAS.

No pudieron jamás los juramentos

enfrenar el furor de los tiranos,

ni un pecho que ambición enseñorea

de sangre o de amistad guardó los pactos.

Cual juró, al aprobar el testamento

de vuestro padre, que murió en mis brazos,

respetar vuestra herencia y la de Elvira,

juró también el fementido Sancho

de León y Galicia las coronas

en las frentes dejar de sus hermanos.

¿Y cómo lo cumplió?... ¿Cómo? ¿No vimos,

apenas de Castilla tomó el mando,

despojar de León, con cruda guerra,

a don Alfonso; y luego, encarnizado,

robar su trono al joven don García,

el reino de Galicia encadenando?...

¿Por qué ha de ser leal con voz, señora,

quien no lo fue con los demás hermanos?

INFANTA.

Ellos reinos extensos poseían;

mas yo a Zamora sólo...

ARIAS.

El tener algo

es para el ambicioso harto pretexto.

INFANTA.

Ni mi triste orfandad y desamparo

mueven su corazón.

ARIAS.

Al que se goza

en mirar sin piedad a sus hermanos,

uno a merced del moro de Toledo,

un mal seguro asilo mendigando;

otro, en las hondas cavas de un castillo

la amarga vida sustentar, cargado

de miseria y de hierros..., ¿de su hermana

podrá ablandarle el congojoso llanto?

INFANTA.

¿Y qué resta que hacer a esta infelice,

ARIAS.

Resistir, resistir.

INFANTA.

Cerco tan largo

desfallecida ya tiene a Zamora.

ARIAS.

Pero aún tiene valor.

INFANTA.

(Abatida.)

¿Y podrá, al cabo,

dejar de sucumbir? ¿Quién socorrernos?

ARIAS.

(Con firmeza.)

El Cielo, aterrador de los tiranos,

y los hombres también. No, no es tan firme

cual juzgáis el poder del rey don Sancho.

El reino de León no está seguro;

a su joven monarca aún no ha olvidado

el reino de Galicia; el sarraceno,

viendo la desunión de los cristianos,

apercibe sus huestes; y, celoso

del poder de Castilla, a sus vasallos

arma el rey de Aragón; la hermana vuestra,

doña Elvira, también, que amenazado

ve su alcázar de Toro, por la espalda

temor ofrece al enemigo campo.

Ni satisfecho de los suyos mismos

está el usurpador. Cuantos hidalgos

le siguen, con despecho sus perjurios

oí miran y su ambición, y el desacato

que contra las cenizas de su padre

comete persiguiendo a sus hermanos.

Rodrigo de Vivar, ese guerrero,

de España honor, de la morisma espanto,

le sigue; mas juró que en esta empresa

no le dará el auxilio de su brazo.

Diego Ordóñez de Lara, a quien prudencia

aún no dio la carrera de los años,

es el solo esforzado caballero

que con celo y ardor sirve a don Sancho.

INFANTA.

A pesar de esperanzas tan risueñas,

el sitio se prolonga, Arias Gonzalo,

y más y más se estrecha cada día.

Y al ver a mis valientes zamoranos

sufrir por mí tan dilatada guerra

y por mí perecer en los asaltos

de un monarca que al fin puede oprimirlos

el vengativo encono provocando,

mi valor y constancia desfallecen,

y siento el corazón hecho pedazos.

ARIAS.

Mal a Zamora conocéis, infanta;

poco el yugo terrible...

Escena segunda

Los mismos y GÓMEZ

GÓMEZ.

Acompañado

de los capitulares y otros nobles,

el alcaide Pedro Arias quiere hablaros.

INFANTA.

No se detenga, pues.

(Vase Gómez.)

Escena tercera

INFANTA y ARIAS

INFANTA.

¡Cielos!... Sin duda,

harta Zamora de infortunios tantos,

viene a pedirme un término a sus males.

Lo tendrá, que mi pecho no es de mármol.

Por mí bastante han hecho mis valientes.

Yo el juramento de lealtad les alzo.

ARIAS.

¿Qué decís? ¿Qué pensáis? Cuando Pedro Arias,

cuando el alcaide de estos muros,

cuando un hijo mío, en fin, a la cabeza

de la ciudad y pueblo zamorano,

a vuestras plantas viene, ¿por ventura

viles propuestas os traerá...? Me pasmo

de que lo imaginéis.

Escena cuarta

INFANTA, ARIAS, GÓMEZ, PEDRO, DIEGO, REGIDORES y CABALLEROS

PEDRO.

Infanta egregia,

a quien la fiel Zamora con aplauso

universal por su señora aclama,

y a quien fidelidad, libre, ha jurado,

permitid al alcaide de estos muros

y a los capitulares zamoranos

que os manifiesten dudas que atormentan

la lealtad ir el amor de estos vasallos.

INFANTA.
(Con gravedad.)

¿Dudas?... Y ¿cuáles son? Decid, alcaide.

PEDRO.
Esta ciudad, resuelta a conservaros

la lealtad que os juró, la independencia

y el don de vuestro padre, y contemplando

cual su mayor ventura obedeceros,

vio sin pavor las huestes de don Sancho,

de León y Galicia asoladoras,

cubrir ufanas los vecinos campos.

El horrendo alarido de la guerra

heroica indignación, no torpe espanto,

despertó en los valientes habitantes

de esta vuestra ciudad; y el grito alzando,

repeler la usurpación injusta,

con gloria morir todos juraron.

Estrechóse el asedio; enfurecido

el monarca soberbio castellano,

contra Zamora fiel apresta ingenios

y da a sus muros repetido asalto.

Mas ellos son imperturbable escollo,

do su loco furor halla el naufragio.

Cuatro lunas, señora, nos han visto

lidiar y no ceder; y ciento aguardo

que admirarán nuestro denuedo y brío,

por vos con gloria y con tesón luchando.

Siendo tal de Zamora la constancia,

y la inmutable decisión, y el alto

empeño en que se ve, y el nombre vuestro

siendo de sus esfuerzos el amparo,

con susto mira que embajada vuestra

por la primera al rey don Sancho

haya hoy salido fuera de estos muros

a buscar paces o entablar contratos.

Qué, ilustre infanta: ¿por ventura os pesa

el esfuerzo y lealtad de estos vasallos?

¿Dudáis de su constancia y ardimiento?

¿De flaqueza señal visteis acaso

dentro de las almenas zamoranas?

¿No son guerreros ya sus ciudadanos?

¿O cuatro lunas de virtud y glorias

tantas hazañas, sacrificios tantos

queréis premiar rindiendo estas murallas

al monarca ofendido castellano?

¿Qué esperanza, qué fe tendréis, señora,

en palabras, ofertas y tratados

de un rey que desconoce juramentos,

ávido sólo de exterminio y mando?

Cuando conciertos entablar, señora,

incauta pretendéis con vuestro hermano,

conocéis poco al sitiador soberbio

que fue a Galicia a levantar cadalsos,

que fue a León para poblar mazmorras

y que aquí vino a encadenar esclavos.

Mas antes que sufrir su férreo yugo,

antes que atada de su triunfo al carro,

libre Zamora volará en cenizas,

muerta y no esclava la tendrá el tirano.

ARIAS.

(Entusiasmado.)

He aquí a Zamora, infanta... ¡El Cielo justo

premie aliento tan noble y tan gallardo!

INFANTA.

Valeroso Pedro Arias, caballeros,

padres del noble pueblo zamorano,

habitantes heroicos de estos muros,

mis dulces hijos ya, no mis vasallos:

¿cómo dudar pudiera el pecho mío

de vuestra decisión y honor preclaro?

¿Cómo premiar vuestra lealtad excelsa,

a cuya eterna gratitud consagro

todo mi corazón, de la venganza

presa haciendo a Zamora de un tirano?

¡Jamás, jamás! Lo juro. Intenté sólo,

viendo si el corazón del rey don Sancho

aún de remordimientos capaz era

y de ceder al grito sacrosanto

de honra y de religión, a los desastres,

sacrificios y esfuerzos del estado

poner término ya. No a mis derechos,
no a vuestra independencia renunciando:
no al ambicioso usurpador abriendo
las puertas de este alcázar; no con pactos,
donde vuestra deshonra y mi deshonra
fueran del siglo venidero escarnio.

Mensaje mío al sitiador, es cierto
hoy llevó el respetable Arias Gonzalo;
mas no a ofrecerle el triunfo de Zamora,
sí a recordar al rey que fue mi hermano,
y a pedirle se aleje de estos muros,
y que, sus juramentos respetando,

ponga fin a domésticas discordias,

que el sarraceno ve con gozo tanto.

Tales fueron, amigos, mis propuestas,

las mismas que con risa el rey don Sancho

oyó despreciativo y orgulloso,

necios insultos por respuesta dando.

Él ante el Cielo responsable queda

de las muertes, horrores y atentados

que cause su ambición. Hoy mismo quiere

repetir de estos muros el asalto...

Venga pues, a encontrar nuevo escarmiento;

venga, que decididos le esperamos;

venga, y conocerá que mis propuestas

de amor, no de flaqueza, dimanaron.

Tanto en la gloria de Zamora fío,

tanto en vuestra lealtad y ardor bizarro.

DIEGO.

Eso anhelan los buenos de Zamora,

eso los que aquí miras anhelamos:

que ose volver el enemigo al muro,

que se trabe otra lid de brazo a brazo.

PEDRO.

(A la Infanta, hincando una rodilla.)

Pues tan fuerte os mostráis, yo a vuestras plantas,

por mí y a nombre de mis dos hermanos,

de los capitulares, ricos hombres,

nobleza, caballeros, hijosdalgo

y pueblo de Zamora, el homenaje

de lealtad y de amor ante Dios santo,

sobre mi honor, sobre mi fe y mi espada

de nuevo os juro.

TODOS.

(Doblando una rodilla y extendiendo la mano derecha.)

Y todos lo juramos.

INFANTA.

(Con vehemencia.)

Y yo lo acepto con el alma toda,

y también juro al Cielo que, entre tanto

que mi pecho respire, nunca, nunca

será Zamora presa de tiranos.

Y, aunque débil mujer, a vuestro ejemplo,

vestiré cota y ceñiréme el casco,

y con vosotros guardaré mi herencia,

la vengadora lanza fulminando.

PEDRO.

¿Quién dudará, magnánima señora,

de triunfar en la lid al escucharos?

(Hace una profunda reverencia a la Infanta y vase, y con él, los demás.)

Escena quinta

INFANTA y ARIAS

INFANTA.

(Enternecida.)

¡Qué valor! ¡Qué lealtad! ¡Qué noble pueblo!

Llena mis ojos delicioso el llanto

de ardiente gratitud, y el pecho mío

la digna admiración de tales rasgos.

ARIAS.

Fue vuestra duda de Zamora ofensa.

INFANTA.

Más que duda fue amor de mis vasallos,

el anhelar un fin a los desastres

de esta guerra feroz y asedio largo.

ARIAS.

Bien antes dije de aceptar, señora,

de tan inútil embajada el cargo,

que, a más de ser inútil, ofendía

el pundonor del pueblo zamorano.

Visto, infanta, lo habéis. Las clases todas

esta insigne ciudad acreditaros

ansían su esfuerzo y su lealtad constante,

y no sufrir el yugo de don Sancho.

INFANTA.

Sí, amigo; cuantos viven en Zamora

merecen de lealtad la palma y lauro.

ARIAS.

Todos a vuestras plantas homenaje...

INFANTA.

Todos. Uno y no más, uno ha faltado

en día tan solemne.

ARIAS.

¿Quién...?

INFANTA.

Tu hijo;

el joven valentísimo Gonzalo;

Gonzalo en mi cariño predilecto,

el compañero de mis tiernos años,

el que yo misma caballero armara,

el que con tanto ardor...

ARIAS.

Señora, acaso

con la gente de guerra allá en el muro...

INFANTA.

Siempre evita el venir a mi palacio;

huye de mí en jardines y en muralla;

jamás asiste a mi consejo.

ARIAS.

Es harto

joven; acreditarse en armas debe.

Os sirve y os respeta. Pero vamos

a lo que más importa. El enemigo,

cumpliendo su palabra, hoy dará asalto.

Prevenir es forzoso la defensa

y al pueblo preparar. Vos, entretanto,

escribid a la infanta doña Elvira

para que en Toro, el estandarte alzando,

distraiga al sitiador. Y el caballero

nombrad que debe el enemigo campo

cauteloso cruzar, y vuestro pliego

entregar con grandísimo recato,

y sin tiempo perder, a vuestra hermana.

¡Guárdeos el Cielo!

INFANTA.

Adiós, Arias Gonzalo,

(Vase Arias por la derecha y la Infanta por la izquierda.)

Acto segundo

Escena primera

GONZALO, solo

GONZALO.

(Después de una breve pausa, dice con extrema agitación.)

¡Cuánto tarda mi padre! ¿Qué desea

de mí en este lugar con tanto empeño?

¡Ah!... ¡Si supiera la escondida causa

que guardo en lo más hondo de mi pecho,

por qué yo de este alcázar, donde toda

el alma mía cautivada tengo,

huyo con tal tesón! ¡Cómo palpita

de verse aquí mi corazón deshecho!

Estas salas contemplan su hermosura,

la lumbre gozan de sus ojos bellos,

lumbre en que toda el alma se me abrasa

esperar jamás ningún consuelo.

(Azorado.)

¡Desventurado yo! Mas alguien viene...

¿Será la infanta? ¡Oh Dios! Huyamos... ¡Cielos,

su presencia es mi vida, y su presencia

embravece el volcán en que me incendio!

Huir de lo que adoro es mi destino,

y mi pasión ahogar en el silencio.

Sí, callar y morir; tal es la suerte

de un desigual amor. ¡Oh cómo tiemblo!

Mas ya mi padre llega.

(Se esfuerza en disimular su turbación.)

Escena segunda

GONZALO y ARIAS

ARIAS.
(Con cariño.)

¡Hijo, Gonzalo!

Te convoco a este alcázar porque anhelo

que lo frecuentes más. Como en la guerra

te ejercitas con honra, en el Consejo

debes también ejercitarte; siempre

lustre ambas cosas dan a un caballero.

GONZALO.

Mi juventud es, padre, harta disculpa.

Al ejercicio de las armas debo

dedicarme, y no a más, ya que experiencia

para graves consultas no poseo.

ARIAS.

Los que nacen cual tú, Gonzalo, deben

hallarse en ellas; no para, indiscretos,

dar voto, proponer, abrir los labios,

sino para imponerse del gobierno

en el saber difícil, escuchando

a los que edad y estudio esclarecieron,

y aprender cómo debe el que gobierna

a las leyes guardar santo respeto,

conservar el Estado en paz honrosa,

la guerra prevenir, guardar los fueros

de cada clase y repartir con pulso

y equidad los castigos y los premios.

GONZALO.

Cuando libre Zamora de la guerra

goce descanso y paz, tendré harto tiempo

de aprender a tu lado, padre mío.

Ahora, sólo lidiar.

ARIAS.

Lidiar es bueno;

mas no siempre lidiar. Si el ser tan mozo

te excusa de asistir a los consejos,

no te excusa, en verdad, hijo querido,

de asistir de la Corte a los recreos.

GONZALO.

Siempre...

ARIAS.

Siempre angustiado, taciturno,

con dolor que aun de mí te alejas veo.

(Con intención.)

Tú, prenda de mi amor y mi ternura;

tú, el menor de mis hijos, que el consuelo

debieras ser de mis cansados años,

huyes de mí también. ¡Ah! ¿Qué se han hecho

tu alegre condición y tu dulzura?

GONZALO.

(Tomándole una mano y besándosela.)

¿Dudáis de mi cariño y mi respeto?...

ARIAS.

¿Qué he de hacer cuando miro que afanoso

la muerte buscas con tenaz empeño?...

No excusar el peligro es de valientes;

de despechados, anhelar los riesgos.

Que vigiles de noche en la muralla,

a todos dando de constancia ejemplo;

que el primero te encuentren los asaltos;

que en las salidas marches el primero,

mi aprobación merece. Mas que sólo

este recinto dejes sin objeto,

a provocar inútiles combates

y a matar o a morir sin fruto, pienso

que es de ferocidad seguro indicio,

si no lo es de locura o de despecho.

Por honra y libertad lidiar es gloria;

mas por sólo lidiar, insano empeño.

GONZALO.

Mi destino, señor...

ARIAS.

Debe inclinarte

a ser aventajado caballero,

hermanando el valor y la prudencia,

el dulce trato y el hablar discreto.

Desecha esa tristeza incomprensible,

y de asistir a nuestra infanta atento

está a la obligación.

GONZALO.

Yo por la infanta...

ARIAS.

Ha poco que a este alcázar concurrieron

las personas de cuenta, y renovaron

a sus plantas el santo juramento

de sostener hasta morir constantes

su herencia, su justicia y su derecho.

Tú, tú sólo faltaste.

GONZALO.

(Con vehemencia.)

¡Oh padre mío!

Y ¿quién puede anhelar cuanto yo anheló

morir por mi señora?

ARIAS.

Tu señora

no lo duda, Gonzalo.

GONZALO.

Plegue al Cielo

que yo su paz afirme y su dominio

y de Zamora la salud muriendo.

ARIAS.

(Lo abraza con gran ternura.)

¡Oh cuánto gozo das al alma mía!

Así deben pensar, hijo, los buenos.

Pero a Dios plegue que por largos años,

de tu noble valor el fruto viendo,

de la infanta el apoyo y de Zamora

la gloria seas, y el mejor guerrero.

La infanta sabe tu virtud y brío,

y te distingue con cariño tierno,

por lo que extraña más que así te alejes

de su lado, y así...

GONZALO.

(Turbado.)

¡Yo!... ¡Padre!... ¡Cielos!...

¿De mí la infanta, acaso...?

ARIAS.

Nunca olvida

que fuiste de su infancia el compañero.

GONZALO.

¡Ay! ¡Ni yo lo olvidé! No, padre mío;

y como la amo yo, cual la respeto,

nadie en el mundo...

ARIAS.

Cuando, llena el alma

de gratitud, y de ternura el pecho,

recibió ha poco de tus dos hermanos

en este mismo sitio el juramento,

notando que faltabas, preguntóme,

y con elogio tal y tanto empeño...

GONZALO.

¡Oh Dios!... ¿Notó mi falta?

ARIAS.

Sí, hijo mío;

mucho cariño y honra le debemos.

Aquí se acerca.

GONZALO.

(En la mayor confusión, quiere irse.)

Padre, permitidme...

ARIAS.

¿Así observas, Gonzalo, mis consejos?

Escena tercera

Los mismos y la INFANTA

INFANTA.

Arias...

(Se sorprende al ver a Gonzalo.)

¿Mas tú también en mi palacio?

¡Cuánto el mirarte en él place a mi pecho!

ARIAS.

Besa, besa la mano a tu señora,

que premia tu lealtad con tanto afecto.

(A la Infanta.)

Su juventud, infanta, le disculpa.

Os sirve como honrado caballero,

os ama como debe un hijo mío,

y le aleja de vos sólo el respeto.

¿Escribisteis, señora, a doña Elvira?

INFANTA.

Ya Bellido partió llevando el pliego.

ARIAS.

(Sorprendido.)

¿Bellido...?

INFANTA.

Sí.

ARIAS.

¡Señora!..., ¿y a Bellido

disteis encargo tal?...

INFANTA.

Dudas no tengo

de su lealtad. Su astucia es conocida,

y para empresa de tan grave riesgo

él mismo se ofreció.

ARIAS.

Si vos, señora,

como siempre me honráis, a mis consejos

dando acogida grata, en este caso

también me hubierais consultado, creo

que el encargo Bellido no llevara...

INFANTA.

Bellido, a la verdad, no es buen guerrero

pero sí decidido zamorano

y defensor ardiente de mis fueros.

ARIAS.

Es osado, señora, en demasía,

ya que valiente no. Falso en extremo...

No dudo que, sagaz, del enemigo

la vigilancia burlará, y espero

que a doña Elvira entregará el mensaje;

mas la confianza del señor es premio,

y premiar al vicioso...

INFANTA.

Arias, acaso

querrá lavar sus juveniles yerros.

Ofrecióse a prestar este servicio

ante mis plantas y con tanto empeño,

que resistir no pude. Y él, gozoso,

que pronto alzado de Zamora el cerco

por su valor e industria quedaría

juró al tomar el importante pliego.

ARIAS.

Él es activo y, como activo, astuto;

si es buena su intención, le ayude el Cielo

Ya también a Aragón partió el aviso,

el socorro urgentísimo pidiendo,

y ésta la carta es que a don Alfonso

deben llevar y al moro de Toledo.

Firmadla, y partirá.

(Da a la infanta un pliego.)

INFANTA.

(Siéntase a la mesa y firma y permanece sentada.)

Que alguno, amigos

auxilio al fin nos ha de dar espero.

ARIAS.

No lo dudéis, señora; en ayudarnos

tiene interés el de Aragón, y empeño.

INFANTA.

¿Quién partió a Zaragoza?

ARIAS.

El bravo Núñez.

INFANTA.

Y ¿quién debe salir para Toledo?

ARIAS.

Bermudo marchará.

INFANTA.

(Dando el pliego firmado a Arias.)

No se detenga.

ARIAS.

Saldrá de estas murallas al momento.

(Vase.)

Escena cuarta

GONZALO y la INFANTA

INFANTA.

(Permanece sentada, y dice a Gonzalo, que hace ademán de seguir a su padre:)

¿Tú me dejas también...?

GONZALO.

(Confuso.)

Señora...

INFANTA.

Espera.

GONZALO.

A las murallas...

INFANTA.

Que te esperes, ruego.

Ven..., acércate más. Dime, Gonzalo:

¿ignoras el cariño que profeso

a tu familia toda? Arias, tu padre,

es mi mejor amigo y consejero,

como lo fue también del padre mío.

Sin su prudencia, su virtud, su celo,

¿qué fuera yo, mujer desventurada,

entre tanto peligro y contratiempo?

Tus dos hermanos, de lealtad y brío,

y de heroísmo y de constancia ejemplo,

las dos fuertes columnas de mi Estado

son y el firme sostén de mis derechos.

El uno alcaide ilustre de Zamora,

el otro capitán de mis guerreros,

cuando dejan las bélicas fatigas

y el cuidadoso velar de sus empleos

me acompañan, me asisten, me consuelan;

ora más leve mi penar haciendo,

y animando mi espíritu abatido

de la espantosa guerra con el peso;

ora brillando en mi palacio y Corte,

o prestándome sabios sus consejos

tu anciano padre ni un instante sólo

de mí se aparta, y a su amor le debo

cuanto debiera al de mi padre mismo,

como lo sabe el zamorano pueblo.

Y a ti, Gonzalo, a quien aclama el mundo,

con sobrada razón, mi caballero,

pues que yo misma te ceñí esa espada,

la espuela te calcé y el juramento

prestastes en mi mano; a ti, que llevas

el nombre mío entre tus armas puesto,

cual divisa en tu escudo; a ti, que siempre

fuistes en mi cariño el predilecto,

jamás verte consigo en mi palacio,

cerca de mí jamás. ¿Por qué? Di...

GONZALO.
(Abatido.)

¡Cielos!

No prosigáis, señora; no desgarran

vuestras palabras mi oprimido pecho.

Sé cuántos nos honráis; sé los favores

que yo, el más joven de mi raza, os debo.

Los sé, y consagro mi existencia toda

a vos, aunque de vos siempre me alejo.

INFANTA.
Harto sé yo el desnudo con que lidias,

de mi nombre en defensa y de mi pueblo;

las cicatrices que glorioso ostentas,

y que aún frescas se ven, lo están diciendo,

y tanto más extraño es tu desvío.

Hoy mismo mis leales, con recelo

porque un mensaje dirigí a don Sancho,

de que cediese mi invencible esfuerzo,

a mostrar su constancia en defenderme

a este salón solícitos vinieron.

Tus dos hermanos, Vasco, Alfonso, Deza,

Cortés y Lara y otros caballeros

de sostener mi herencia y señorío

renovaron ha poco el juramento.

Sólo tú...

GONZALO.
(Con vehemencia.)

Basta. ¡Por piedad, señora!

¿Gonzalo ha menester jurar de nuevo

que cuanta sangre por sus venas corre

derramará por vos?

INFANTA.

Así lo creo.

Pero acaso... No sé... Tal vez, Gonzalo,

contra tu gusto y tu elección, siguiendo

la opinión de los tuyos, no la tuya,

o de un involuntario juramento

compelido...

GONZALO.

¡Señora!

INFANTA.

... mis banderas

defiendes...

GONZALO.

¡Santo Dios! ¿qué estáis diciendo?

INFANTA.

¿Por ventura Zamora es corto campo

de tu noble ambición y heroico esfuerzo?

¿Por ventura no piensas que acompañan

la justicia y razón a mis derechos,

y a tu pesar...?

GONZALO.

(Con vehemencia y gran agitación.)

¿Qué pronunciáis, señora?

El mundo, el mundo todo sólo vuestro

debiera ser. ¡Que yo del mundo el trono

tuviera para vos pluguiese al Cielo!...

Pero... nació infeliz. ¿Por qué el Destino

no hace igual el poder al pensamiento?

¿Yo a mi pesar seguir vuestros pendones?...

¿Yo, no por mi elección, vuestro derecho

sagrado sustentar?... ¡Ah!... Si la suerte

en la última región del Universo

me hubiera dado cuna, el alma mía,

encantada al oír el nombre vuestro,

arrastrado me hubiera a vuestras plantas

a seguir vuestra causa y defenderos.

Para morir por vos sólo respiro.

INFANTA.

Quien tal ardor por mí guarda en su pecho,

¿por qué me evita con tenaz estudio?

GONZALO.

Porque nació infeliz.

INFANTA.

No te comprendo.

GONZALO.

¡Ah!... Si me comprendierais... Mas ¿qué digo?

Dejad que huya de vos; dejadme, os ruego.

INFANTA.

¿Qué agitación, Gonzalo, te atormenta?

De tu extraño penar me compadezco.

GONZALO.

¿Vos me compadeceís?...

INFANTA.
(Con ternura.)

Sabes, Gonzalo,

que casi al par nacimos, y que fueron

en fraternal unión creciendo juntos

los dulces años infantiles nuestros.

Después a las Asturias te ausentaste,

y que no fue sin lágrimas recuerdo.

Largos años sin vernos estuvimos,

hasta que el rey, mi padre, repartiendo

entre todos sus hijos sus Estados,

voló cual justo a la mansión del Cielo.

En herencia dejándome a Zamora,

y a tu padre de apoyo y consejero,

aquí con él, y no sin gozo mío,

te volví a ver, Gonzalo. Ha poco tiempo

la profesión tomaste de las armas,

y por mí fuiste armado caballero.

Afable y cariñoso, algunos días,

solícito en mi Corte y en mi obsequio,

gustosa, te encontré; pero muy pronto

marcó tu frente el angustioso sello

de honda tristeza, y velador cuidado,

a tu pesar, tus ojos descubrieron.

De mi alcázar las danzas y festines,

en vez de ser de tu aflicción remedio,

la furia, al parecer, acrecentaban

de tu dolor, pues tan tenaz empeño

pusiste en evitarlos. De este modo,

cuando esperaba del pasado tiempo

ver la dulce amistad reproducida,

hallé tan sólo en ti... ¿Qué nombre debo

dar, Gonzalo, al afán con que procuras

de mí alejarte siempre, y de mí lejos

entregarte al dolor que te devora,

siéndote yo de horror y asombro objeto?

GONZALO.

¿De horror decís?... ¿De asombro?... ¡Oh suerte impía!

Y ¿quién, y quién cual yo...?

INFANTA.

Ninguno, es cierto.

Desde nació esta guerra, valeroso

me sirves, es verdad, con alto esfuerzo.

Mas crece, al par, tu atroz melancolía;

y con disgusto, pesarosa, advierto

que buscas y te arrojas al peligro,

como impulsado de feroz despecho.

GONZALO.

Y huye de mí la muerte, porque niegan

todo descanso a mi penar los Cielos.

INFANTA.

(Con ternura.)

¿Qué te atormenta...? Dímelo, Gonzalo.

Si la amistad de nuestros años tiernos

del todo no olvidaste, en mí confía,

descubre los abismos de tu pecho.

GONZALO.

¡Jamás! En el silencio del sepulcro

se guardará conmigo este secreto.

INFANTA.

(Horrorizándose.)

¿En el sepulcro...?

GONZALO.

Sí.

INFANTA.

¿Pues qué...?

GONZALO.

(Haciendo ademán de irse.)

Dejadme;

ya para resistir fuerzas no tengo.

Lejos de vos...

INFANTA.

(Levantándose del sillón y deteniéndole.)

Espera. ¿Mi cariño

no podrá ser de tu penar consuelo?

GONZALO.

¿Vuestro cariño...? ¡Oh Dios!...

INFANTA.

Habla; sé franco.

¿Causa amor tu aflicción...? ¿Pudo en tu pecho

su peligroso influjo...?

GONZALO.

¡Ay de mí, triste!...

¡Amor!... Sí... ¿Qué decís?... ¡Amor! ¡Oh Cielos!

INFANTA.

Que acerté con tus males imagino...

Y ¿quién de tu pasión es el objeto...?

GONZALO.

¿Quién es...?

INFANTA.

Sí, dime...

GONZALO.

¿Me ordenáis que diga...?

INFANTA.

Lo exijo, sí.

GONZALO.

(Hincando una rodilla y con la mayor vehemencia.)

Vos sois el solo dueño

de todas mis potencias y sentidos;

vos quien inflama el desastroso fuego

que el alma me consume; vos, señora,

la causa celestial de mis tormentos.

Por vos, sólo por vos, corro al peligro.

Soy infeliz, y perecer anhelo.

Miradme con piedad... ¡Ah! No, ¿Qué digo?

Derribad la cabeza de mi cuello,

ya que de amaros tengo la osadía;

mas lástima de mí tened al menos.

INFANTA.
(Agitada.)

¿Qué dices...? ¿Qué...? ¡Gonzalo!

GONZALO.

Confundidme.

Nacido fuí para vasallo vuestro.

Mas no se manda al corazón, y el mío

para amaros nació. ¡Pluguiese al Cielo

que yo un excelso príncipe naciera,

que a vuestros pies pusiera el Universo!

¡Ah!... No se elige cuna; y pues la mía

me hizo a vos desigual, el brazo horrendo

de la muerte me vuelva aquel descanso

que vos robasteis a mi insano pecho,

y ponga fin a mi cruel martirio,

y castigue mis altos pensamientos.

(Álzase.)

Dejadme ir a buscar la ansiada muerte,

pues mi loca pasión rompió el silencio.

INFANTA.
(Deteniéndole.)

Detente... ¡Oh Dios!... Detente... ¿A dó, Gonzalo,

desesperado vas?... Ven. ¡Ay! De acero

no tengo el corazón.

GONZALO.

¿Qué...?

INFANTA.

¿Tú la muerte

buscas tan sólo de tu amor en premio?

GONZALO.

¿Qué más puedo esperar?

INFANTA.

(Sorprendida.)

Apresurado

penetra en el salón tu hermano Diego.

Calma, ¡por Dios!, Gonzalo, tu semblante.

Escena quinta

Los mismos y DIEGO

DIEGO

(Inclinándose con respeto.)

Pensé que aquí mi padre...

INFANTA.

(Inquieta.)

¿Con qué objeto

así a tu padre buscas?...

DIEGO.

Se ha notado

repentino, y extraño movimiento

en el campo enemigo; hasta aquí llegan

de los clarines y el tambor los ecos.

Se ordenan los contrarios escuadrones

y lanzan altas voces los guerreros.

Sin duda, el asaltar nuestras murallas

es del altivo sitiador intento.

Ya acuden a guardar torres y fosos

los zamoranos, y mi hermano Pedro

prepara la defensa; pero quiere

que mi padre a su lado...

INFANTA.

¡Oh Dios! No temo

el bárbaro furor del castellano,

pues tales hijos que me guardan tengo.

Mi hermano sólo responsable sea

de tantos males cual provoca ciego.

Gonzalo, el rey don Sancho, furibundo,

de mi sangre infeliz está sediento.

(Le alarga la mano.)

Tú eres mi campeón. Combate y piensa

que todo es del valor escaso premio.

GONZALO.

(Besándole la mano.)

Y ¿qué valor resistirás al mío,

si osa a tanto elevar el pensamiento?

INFANTA.

Que Dios escude tu preciosa vida.

(Vase.)

GONZALO.

A morir o triunfar corramos luego.

(Vanse.)

Acto tercero
Escena primera

ARIAS y la INFANTA

INFANTA.
(Agitada.)

Te llamo ansiosa de saber, don Arias,

qué horrible estruendo y clamorosos gritos

de terror y de asombro el aire pueblan,

llenando de inquietud el pecho mío...

¿Se ha trabado la lid?... ¿Ocupa el foso,

vencedor y soberbio, el enemigo?...

¿Peció algún ilustre caballero?...

¿Están en salvo tus valientes hijos?...

¿Acaso alguno...?

ARIAS.

Sosegaos, señora.

El extraño rumor que habéis oído

fue parte en los reales de don Sancho,

parte en nuestras murallas y castillos.

El ordenarse las contrarias huestes

de intentar el asalto daba indicios,

si bien no se apartaban de su campo.

Y el pueblo zamorano, decidido,

ocupaba en silencio las almenas

en igual inacción, cuando advertimos

extraña confusión en los reales,

y a toda rienda, alzando remolinos

de ardiente polvo, en busca de estos muros

un jinete venir. Era Bellido...

INFANTA.
(Sorprendida.)

¿Bellido...?

ARIAS.
Sí, señora; que gritando,

y un agudo venablo, en sangre tinto,

revolviendo en la diestra, de Zamora

buscaba ansioso el resguardado asilo.

Cuatro o seis caballeros castellanos,

y entre ellos el fortísimo Rodrigo,

de cerca le acosaban; pero siendo

más veloz el caballo de Bellido,

logró salvar precipitado el foso

y feliz ampararse del rastrillo.

Desde el muro con dardos y con piedras

a los que le alcanzaban contuvimos,

y Pedro con escolta marchó al punto

a dar segura entrada al fugitivo.

INFANTA.

Al punto venga a la presencia mía.

ARIAS.

Aquí mandé, señora, conducirlo.

INFANTA.

(Confusa.)

Y ¿por qué castellanos caballeros

le acosaban así? ¿Por qué el recinto

de Zamora buscaba de tal suerte?...

¿Por ventura mi pliego habrá perdido?...

¿Descubierto...?

ARIAS.

¿Quién sabe?... Extraño caso

sin duda le ocurrió. Dirálo él mismo.

Escena segunda

Los mismos y PEDRO, mostrando gran abatimiento

INFANTA.

Pedro, ¿supiste ya...? Mas ¡qué semblante!...

¡Qué extraña turbación!... ¿Dó está Bellido?

PEDRO.

De sangre y fealdad manchado viene

De tal sangre, señora, que este sitio

contaminara.

INFANTA.

¡Oh Dios!

ARIAS.

(Asustado.)

¡Pedro!... ¿Qué...?

INFANTA.

¿Acaso...?

PEDRO.

No es de venir a vuestras plantas digno.

De mirarle temblarais. A Zamora

salvó, es verdad; mas fue con un delito.

INFANTA.

(Inquieta.)

Alcaide, acaba... Incertidumbre horrible

tan misterioso hablar da al pecho mío.

PEDRO.

Don Sancho, vuestro hermano, ya no existe.

INFANTA.
(Despavorida.)

¿Cómo...?

ARIAS.
¿El brazo de Dios...?

PEDRO.
El de Bellido.

INFANTA.
(Sentándose de pronto en el sillón con muestras de profundo dolor.)

¡Cielos!... ¡Qué horror!... ¡Oh guerra detestable!

Era mi hermano, aunque era mi enemigo.

ARIAS.
(Después de larga pausa.)

¿Qué mortal, ¡oh justicia del Eterno!,

libre se juzgará de tu dominio?...

Mas ¿cuál fue el caso?... ¿Singular combate...?

¿Un hombre oscuro, y tal como Bellido,

osé a un monarca provocar, y pudo

un monarca abatir su orgullo y brío

hasta aceptar tan desigual contienda?...

¿O acaso preso el zamorano altivo

y ultrajado tal vez...? Pedro, di.

PEDRO.

Escucha

lo que refiere con jactancia él mismo.

Dice que desde el punto en que anheloso

a suplicar a nuestra infanta vino

que del mensaje a Toro le encargara,

ocultaba en su pecho tal designio.

Y que, sin descubrirlo a nadie, apenas

dejó estos muros, fuese decidido

al campo sitiador, y a los primeros

que halló guardando el valladar les dijo

que, huyendo de la infanta y de Zamora

y anhelando vengar odios antiguos,

buscaba de don Sancho las banderas

para prestarle fiel un gran servicio.

Y que al monarca al punto lo llevasen,

porque importaba darle cierto aviso,

con el cual de Zamora la conquista

segura estaba y terminado el sitio.

Dudaron los soldados; pero, astuto,

ser llevado ante el rey logró Bellido,

cuando ordenando estaba sus escuadras

para asaltar de nuevo este recinto.

En la regia presencia, sin turbarse,

inventando sucesos peregrinos

y persuadiendo al rey que de la infanta

y de los zamoranos perseguido

a su amparo y defensa se acogía,

huyendo de un injusto y vil suplicio,

cautivar consiguió su confianza

y verle a su favor grato y benigno.

Entonces, importancia aparentando,

le pidió que en su tienda, sin testigos,

te escuchase, y logrólo, aunque a despecho

de varios caballeros y caudillos.

Al verse a solas con don Sancho, aleve,

a su infame intención dar cima quiso;

mas los riesgos y azares de la fuga

nuevo ardid le inspiraron, y al rey dijo

que de aquel campo se encontraba cerca

la descuidada puerta de un camino

subterráneo y oculto que a este alcázar

daba seguro paso en tiempo antiguo,

y que era fácil por allí al momento

sorprender a Zamora sin peligro.

No recelando engaños, el monarca

por sí reconocer al punto quiso

del subterráneo la supuesta boca,

y salió de su tienda. Mas Bellido,

para evitar que algunos caballeros

le acompañasen al oculto sitio,

encareció lo grave de la empresa,

difícil quebrantándose el sigilo.

Y aun osó al rey decir que había traidores

en sus escuadras y a su lado mismo.

Don Sancho, o bien que le cegase el Cielo,

queriendo a sus violencias dar castigo,

o porque es propensión de los humanos

corre a rienda suelta al precipicio,

cuando corren en pos de sus deseos,

pidió un caballo, y solo con Bellido,

sin ceñirse coraza, sin escudo,

sin yelmo y ordenando que seguirlo

nadie intentase, se alejó del campo.

Y en estas quiebras y erizados riscos

que no lejos se encuentran se introdujo,

del zamorano aleve conducido;

quien, así que se vio solo, asestando

al corazón del rey con fiero brío

un agudo venablo, por dos veces

forzudo lo vibró, vertiendo un río

de regia sangre.

INFANTA.

(Con gran desconsuelo.)

¡Oh Dios!

ARIAS.

(Pasmado.)

¡Qué horror, señora!

PEDRO.

Cayó don Sancho. De la muerte el grito

resonó en torno. Algunos caballeros,

que, contra su mandato, allí vecinos

osaron esconderse, recelosos

de cubierta traición, al alarido

acuden, ven la causa, y, furibundos,

corren en pos del matador, que asilo

buscó en estas murallas, y está en ellas.

Tal el suceso fue.

INFANTA.

¡Qué horror!

ARIAS.

(Despechado.)

¡Dios mío!

¿Y la noble Zamora, ¡oh mengua!, pudo

albergar a un traidor entre sus hijos?

(Pausa.)

¿Conque no mató al rey cual caballero,

siendo iguales las armas y el peligro,

sino cual vil traidor?...

DIEGO.

Y aun orgulloso

se jacta de su hazaña el asesino.

Dice que a él debe su salud Zamora.

ARIAS.

(Indignado.)

Nunca salvarse con deshonra quiso.

PEDRO.

No ha de manchar nuestra ciudad insigne

la afrenta de un menguado...

ARIAS.

Hay casos, hijo,

en que del pueblo la opinión se mancha

con que uno, y nadie más, haga el delito.

Al extender la Fama por el mundo

la triste nueva con sonoro grito,

dirá: «Los zamoranos, no con armas,

sino con vil traición, se han defendido.»

Y, aunque insensata la noticia sea,

queda empañado del honor el brillo,

que luego apenas con fatiga y sangre

se logra acrisolar.

PEDRO.

Don Sancho digno

era, por su ambición tirana y ciega,

y por los desacatos cometidos

a la memoria de su augusto padre,

de recibir del Cielo alto castigo.

ARIAS.

Mas con un rayo confundido fuera,

o en lid honrosa, por la mano herido

de un noble caballero, no engañado

por la maldad de pérfido enemigo.

INFANTA.

¡Ay!... ¡Con cuánta razón, noble don Arias

del traidor recelaste!

ARIAS.

El que del vicio

sin pudor yace en el inmundo lodo,

jamás mi confianza ha merecido.

Del honrado son propias las hazañas,

y propios del vicioso, los delitos.

Y si a la patria sirve la deshonra,

pues sólo sabe usar medios indignos.

La razón de Zamora y la justicia

con esa vil acción del asesino

disminuyen, al par que se levantan

la justicia y razón del enemigo.

Ni hemos de libertarnos del asedio;

pues si los castellanos tienen bríos,

vengar deben la muerte del monarca;

y los que no aprobaban sus designios

ser ya los más tenaces y valientes;

ved qué gran diferencia, en proseguirlos.

INFANTA.

(Levantándose de la silla.)

Yo al mundo probaré que no Zamora,

sino un aleve cometió el delito.

Alcaide, que al momento de una torre

la más honda prisión guarde a Bellido.

(Vase Pedro)

Escena tercera

INFANTA y ARIAS

ARIAS.

Señora, al punto a vuestro hermano Alfonso,

que es de don Sancho sucesor, aviso

debéis dar del suceso...

INFANTA.

(Volviéndose a sentar, muy abatida.)

Arias, fiel Arias,

de amargura y horror el pecho mío

tan lleno está, que disponer no puede

lo que me cumpla hacer en tal conflicto.

Tú, que siempre mi apoyo y consejero

fuiste, y el más leal de mis amigos,

manda y dispón por mí cuanto convenga.

ARIAS.

Hallándose en Toledo fugitivo,

y a la dudosa fe de sarracenos

entregado, tal vez con gran sigilo

debe esta nueva...

Escena cuarta

Los mismos y DIEGO

DIEGO.

Del contrario campo

al pie de nuestros muros ha venido,

tremolando en la pica un blanco lienzo,

Diego Ordóñez de Lara, aquel caudillo

castellano que siempre en los combates

y en los asaltos el primero vimos.

Y para entrar a hablarte, en altas voces

pide seguridad y tu permiso.

ARIAS.
(Con resolución.)

Y al punto se le den.

INFANTA.
(Asustada.)

¿Qué dices, Arias?...

¿Pues qué pretende el castellano altivo?

ARIAS.
Reparo del escándalo y afrenta,

sin duda, viene Ordóñez a pedirnos,

y a indagar si Zamora y si vos misma

tienen parte en el fiero regicidio.

No otorgarle el seguro que pretende,

de aprobar crimen tanto fuera indicio.

INFANTA.

(Levantándose resuelta.)

Entre, pues, Diego Ordóñez, y mirando

mi luto, mi amargura, y de los míos

el honrado pesar, nuestra inocencia

conozca y mida con sus ojos mismos.

Entre, pues, Diego Ordóñez, y al infame,

que en sangre con horror bañado miro,

le entregaré, porque presencie el campo,

qué crimen tan atroz pasmado ha visto,

en la justa venganza de Castilla,

del delincuente bárbaro el suplicio.

Conozcan mi lealtad los castellanos,

al traidor entregando...

ARIAS.

(Precipitado.)

¿Qué habéis dicho?...

De vuestro hermano la venganza, sólo

a vos, y a nadie más, toca. Bellido

es criminal, mas es vuestro vasallo.

Leyes y magistrados que el delito

juzguen tenéis aquí. Y aquí, en Zamora,

legalmente pronúnciese el castigo;

y tal, que, siendo asombro al orbe todo,

el nombre deje de Zamora limpio.

Mas entregarle a la venganza extraña,

injusticia y flaqueza a un tiempo mismo

fuera. Sus tiendas la enemiga hueste

alce y se aleje, levantando el sitio;

respeten Vuestra herencia, y vos, señora,

sin que extranjeros vengan a exigirlo,

dad, en nombre de Dios, castigo o premio,

cual cumple a vuestro excelso señorío.

Entre Ordóñez de Lara, mas no intente imponer

degradantes desvaríos.

INFANTA.

Entre, pues, Diego Ordóñez.

ARIAS.

Vos, infanta,

preparaos, cual debéis, a recibirlo.

Acto cuarto

Escena primera

INFANTA, sentada en el dosel y a su derecha, en pie, ARIAS, PEDRO, DIEGO: GONZALO, GÓMEZ y REGIDORES. A la izquierda, y a un lado y otro, DAMAS, CABALLEROS, PAJES y GUARDIAS. Todos vestidos de luto

ARIAS.

(Viniendo al medio de la escena, seguido de Gómez, dice en voz alta):

Audiencia al caballero castellano

la infanta, mi señora, le concede:

no se detenga pues.

(Vuelve a su puesto, y Gómez se va por la derecha.)

Escena segunda

Los MISMOS y ORDÓÑEZ, que sale con GÓMEZ

ORDÓÑEZ.

(Hincando una rodilla.)

Infanta excelsa

que vuestras plantas generosas bese

un vasallo leal de vuestro hermano

y que ante ellas se postre reverente,

permitid, y también que por sí propio,

o bien a nombre de las bravas huestes

que esos campos dominan, y en el nombre

de tantos caballeros excelentes

que en ellas ciñen del honor las armas,

y en el nombre, por fin, de cuantos tienen

honra y virtud y castellana sangre,

justa satisfacción demande y ruego.

INFANTA.

Alzaos, Diego Ordóñez, al asiento

que vuestros nobles títulos merecen,

y la demanda proponed.

ORDÓÑEZ.

(Se levanta y sienta en una banqueta sin respaldo que estará allí cerca.)

Señora,

el dolor que marchita vuestra frente

y los lutos y el fúnebre aparato

que aquí mis ojos por doquier advierten,

indicios son de que la misma pena,

que el pecho mío destrozado tiene,

y de asombro y terror llena a Castilla

y de justo furor a sus valientes,

no es tan ajena del cuidado vuestro

ni de los caballeros que sostienen

el empeño de ser vuestros vasallos,

con armas, con tesón y aun con laureles.

Pero de un rey excelso de Castilla

el vil engaño y la alevosa muerte,

y el responder a generosa guerra

con doble trato y con traición aleve,

mal tan sólo con lágrimas y lutos

satisfecho quedar, señora, puede.

Venganza crimen tal demanda al Cielo,

y tal venganza, que desarme y temple

la justa saña que a la fiel Castilla,

a España toda, con razón, enciende;

y tal reparación, que el nombre vuestro

y el honor de Zamora limpios deje

de dudas, de sospechas y de indicios

que los manchan, deslustran y ennegrecen.

INFANTA.

Diego Ordóñez de Lara, el pecho mío,

al ver tanta lealtad, consuelo siente.

Fuisteis fiel servidor del rey don Sancho,

y tan noble actitud os enaltece.

Siempre le amé; jamás como enemigo,

aunque mi herencia firme defendiese,

pude considerar vuestro monarca,

de quien lamento la horrorosa suerte.

Las lágrimas que inundan mi semblante,

la indignación que en mis entrañas hierve

y mi conducta con el rey don Sancho

testificarlo al Universo pueden.

Y no es sólo, don Diego, el pecho mío

el que el tormento del dolor padece

por el funesto fin del rey, mi hermano;

que cuantos mi estandarte siguen fieles,

cuantos habitan a Zamora insigne,

cual yo le lloran y vengarle quieren.

Y estos lutos y fúnebre aparato

señales son de lo que el alma siente,

no apariencia falaz, con que los hombres

satisfacer al necio mundo suelen.

La fiel Zamora y la leal Castilla

la misma angustia de dolor padecen;

y si pena común es firme lazo

que opuestas voluntades entreteje,

tendrán fin las discordias, que producen

siempre desastres y delitos siempre.

Es verdad que con guerra abierta y franca

vino mi hermano y con bizarra hueste,

aunque a razón contrario y a justicia,

y a juramentos, y a contratos fuese

acometer mi herencia a mano armada

y a mi pueblo tratar como rebelde.

Mas también es verdad que yo y Zamora,

los pactos recordándole solemnes,

y con ruegos y lágrimas tentamos

su ambición sofocar y contenerle.

Y todo siendo en vano, a la defensa

también con hierro y con armada hueste

apelamos, en guerra abierta y franca,

como cumple a los buenos defenderse.

Díganlo cuatro lunas de combates

y cinco asaltos rechazos siempre,

que el triunfo a nuestro esfuerzo aseguraban

sin que traiciones necesarias fuesen.

Por desgracia, encontróse en estos muros

un pérfido asesino, un hombre aleve.

Ése el crimen horrendo cometiera;

mas no Zamora, que ni está ni puede

contaminada estar. Y si es que el mundo

lo osase sospechar, el mundo miente.

Mas porque yo, Zamora; vos, Castilla,

satisfacción ansiamos, proponedme

cuál ha de ser: mi espanto, mi amargura,

con testimonio irrefragable quieren

manifestar lo que a mi hermano amaba

y lo que crimen tan atroz merece.

ORDÓÑEZ.

Jamás dudé que vuestro noble pecho

tan geniales impulsos conmoviesen,

y que siendo una misma aquella sangre

que derramó el traidor y la que enciende

vuestro gran corazón, que un mismo anhelo

vuestro, señora, y de Castilla fuese.

Y pues vos, y Zamora, y yo, y Castilla

venganza ansiamos del delito aleve

y alta reparación, vos y Zamora,

Castilla, el mundo, y yo, tan solamente

lo podremos lograr, si a dos demandas

os dignáis acceder, no de otra suerte.

INFANTA.

¿Es la primera?

ORDÓÑEZ.

Que el traidor inicuo

que el regicidio perpetró se entregue

al punto a mi poder, para que luego

en él Castilla el atentado venga.

INFANTA.

¿Es la segunda?

ORDÓÑEZ.

Que Zamora, hoy mismo,

abra las puertas y las armas deje,

dando entrada a las huestes castellanas

y al cadáver del rey, alto y solemne

vasallaje prestando a sus cenizas.

Lo que en vida intentó lógrelo en muerte

INFANTA.

Diego Ordóñez de Lara, harto habéis dicho;

vuestra ardiente lealtad os desvanece;

os he escuchado con sorpresa y pasmo

imposibles pedir, dictarme leyes.

¿Que ponga en vuestras manos a Bellido

pretendéis? Espantoso delincuente,

horrendo regicida, infame reo,

ese vil traidor es: tal, que merece

perecer en tormentos inauditos

y de ejemplo servir su horrible muerte.

Mas, don Diego, Bellido es mi vasallo

y su castigo a mí sólo compete.

Leyes y magistrados y verdugo

la fiel Zamora en su recinto tiene.

¿Queréis que esta ciudad las puertas abra,

que las armas deponga y que se entregue

al cadáver de un rey, a quien gloriosa

resistió denodada cuatro meses?...

¿Qué os podré responder? Volved, don Diego,

volved a vuestro campo, y a las huestes

castellanas rogad, en nombre mío,

que en mí a la hermana miren y respeten

del sin ventura rey que lamentamos,

y del rey que a heredar el trono viene.

Que renazca la paz, que alcen el sitio,

que a Zamora y a mí tranquilos dejen;

y entonces lloraremos de consuno

la terrible desgracia que nos hiere,

el brazo respetando del Eterno,

que tronos hunde y que castiga reyes.

ORDÓÑEZ.

(Conteniendo el furor.)

Comprendo..., sí, comprendo. Yo hartos dije,

y vos, señora, más. Duda no tiene.

Estremézcase el mundo horrorizado,

rásquese el velo que el delito envuelve.

Vos y Zamora...; sí, vos y Zamora

sois del asesinato delincuentes.

TODOS.
(Menos la Infanta.)

¿Qué osa Ordóñez decir...?

INFANTA.
(A los suyos.)

Callad.

ORDÓÑEZ.
(Levantándose con resolución.)

Lo digo;

y mi brazo y mi espada lo sostienen,

y aunque los zamoranos el seguro

con que vine a este alcázar atropellen,

poco importa, pues nada me acobarda

cuando razón y esfuerzo me defienden.

Así, escuchadme todos.

INFANTA.

(Siempre conteniendo la gran agitación de los suyos.)

Sí, escuchemos.

ORDÓÑEZ.

De traidores, de infames y de alevos

yo os reto a vos, infanta; a los magnates,

caballeros, hidalgos y a la plebe

de esta inicua ciudad; a los mancebos,

y párvulos, y ancianos, y mujeres;

a los que aun no han nacido y a los restos

que en los sepulcros infamados duermen.

Y reto a estos palacios, a estos muros,

a estas torres y altivos chapiteles,

y al aire corrompido que respira

la vil Zamora, al pan que la mantiene,

al agua que la riega y a la lumbre

que en sus hogares arde y resplandece;

y los árboles, riscos, flores, plantas

y a cuanto sobre sí mira y contiene

este suelo de horror. Y en campo abierto,

con cuatro zamoranos, sean quien fueren,

y fuego de Castilla, yo, valiente,

lo sostendré con lanza y con espada,

a caballo y a pie.

TODOS.

(Menos la Infanta.)

Cualquiera...

ORDÓÑEZ.

Esperen.

ARIAS.

(Conteniendo a todos.)

Escuchemos.

ORDÓÑEZ.

Si alguno de los cuatro

mi esfuerzo humilla y en la lid me vence

Zamora libre de la negra mancha

y del reto y del sitio al punto quede.

Mas si, al contrario, en mi triunfo el cielo

el crimen de Zamora hace patente,

sin resistir se entregará al castigo

que le darán las castellanas huestes.

TODOS.

Lo aceptamos.

ORDÓÑEZ.

(Quitándose un guante y arrojándolo en medio del tablado.)

¿Quién alza el guante mío?

ARIAS.

(Arrojándose precipitadamente sobre el guante y recogéndolo, seguido de sus tres hijos.)

Yo lo recojo, Ordóñez, y que mientes

yo y mis tres hijos demostrar sabremos.

ORDÓÑEZ.

Los que son más culpados, Arias, deben

ser las primeras víctimas.

ARIAS.

Ordóñez,

las manos van a hablar, los labios cesen.

ORDÓÑEZ.

Al pie del muro espero.

ARIAS.

Al punto vamos.

ORDÓÑEZ.

Venid a hallar la merecida muerte.

(Vase.)

Escena tercera

Los mismos, menos ORDÓÑEZ

INFANTA.

¡Arias!... ¡Esclarecidos caballeros!

¡Zamoranos insignes!... ¡Hijos fieles!...

¿Qué es esto?... Estoy sin mí... ¿Cómo, atrevido,

Diego Ordóñez de Lara, de tal suerte

la afrenta y la calumnia...

ARIAS.

Noble infanta,

¿qué os agita?... Dichosas son mil veces

la afrenta y la calumnia que con hierro

purificarse y desmentirse pueden.

El Cielo sabe la inocencia nuestra,

el mundo nuestro honor, y estos valientes

hoy acrisolarán ambos tesoros,

a Zamora salvando para siempre.

Mas vamos a la lid, que urge el combate

Al noble pecho que calumnia hiera

son los instantes siglos. ¿Vos, señora,

depositáis en nuestras armas fieles

vuestros justos derechos?

INFANTA.

Sí.

ARIAS.

¿Y vosotros,

hijos de esta ciudad, varones fuertes,

a la que tantas veces ilustraron

vuestras virtudes y guerrero temple,

os confiáis también a nuestro esfuerzo?

TODOS.

Sí; todos.

ARIAS.

(Dirigiéndose a sus hijos.)

Ya lo veis, hijos, su suerte

la egregia infanta y zamorano pueblo

en nuestras armas ponen, y transfieren

a nosotros su agravio y su venganza.

La voluntad de Dios está patente.

(Hincan los cuatro una rodilla en tierra y desenvainan las espadas.)

En manos de la infanta y de Zamora,

ante el pueblo, del modo más solemne,

juramos por la cruz de estos aceros,

como buenos lidiar. Y si perece

el primer campeón en la demanda,

se lanzará el segundo a sucederle,

y si éste cae también, saldrá el tercero,

y el cuarto, si el tercero feneciese.

Y sin ventaja oculta o descubierta,

juramos combatir de fuerte a fuerte.

Y juramos también que contra Ordóñez

ni antigua enemistad ni rencor tienen

nuestros hidalgos pechos, y que sólo

combatir anhelamos y vencerle

por dar respuesta a su orgulloso reto,

para que nuestra fama limpia quede,

para vengar la afrenta de su injuria

y por salvar la patria.

INFANTA.

Si así fuese,

el Dios de las justicias os ayude

y con el triunfo vuestras armas premie.

(Se levantan Arias y sus hijos envainando las espadas, y baja la Infanta del dosel, apoyada en las Damas.)

ARIAS.

Infanta, permitid que vuestra mano

de este fiel servidor los labios sellen

para que nuevo aliento a la batalla

y nuevo ser a vuestro influjo lleve.

INFANTA.

¡Pues qué...! ¿Tú, Arias Gonzalo, tú el primero

a responder a Diego Ordóñez quieres

con las armas salir?...

GONZALO.

¿Cómo?... ¿Mi padre...

hijos que en su lugar lidién no tiene?

Yo el primero seré...

DIEGO.
(Apresurado.)

Yo, que he nacido,

Gonzalo, antes que tú...

PEDRO.
(Alterado.)

Pues qué, ¿pretende

acaso aventajarme...?

ARIAS.
(Con entereza.)

Yo, señora,

el guante alcé el primero. Yo quien debe...

DIEGO.
¿Cómo?

DIEGO y GONZALO.

¡Señor!...

INFANTA.

¡Oh noble Arias Gonzalo!

ARIAS.

(Resuelto.)

Por la patria y por vos ansío la muerte.

¿Quién de buscarla intentará privarme?

INFANTA.

Vencer y no morir es solamente

lo que a Zamora de la injusta afrenta,

y a mí salvar, Arias Gonzalo, puede.

No a morir, a vencer en el combate

ir el que salga en mi defensa debe.

No basta combatir, triunfar es fuerza.

Si bastara el valor, ¡ah!, ¿cuál te excede?

Mas es el tiempo volador, y rompe

los altos muros, los peñascos hiende,

y a los cedros, que altivos despreciaron

la voz del huracán, marchita y vence.

El luchador de juventud lozana,

más que de acero, armado resplandece.

Los hombres...

ARIAS.

(Abatido.)

¡Ah señora! Ya os comprendo.

¡Oh vejez abatida!... ¿Qué pretendes?

¡Dura ley de los cielos, conservarnos

en cuerpo ya sin fuerza un alma fuerte!

Antes de envejecer, fenezca el hombre,

si para ser inútil envejece.

(Saca la espada.)

Y tú, estorbo enojoso, pues mi brazo,

ni quien abone tu pujanza tienes,

(La tira al suelo).

Vete lejos de mí; desdén y olvido,

armas que adorno son, sólo merecen.

GONZALO.
(Enternecido.)

¡Padre!

INFANTA.

¡Amigo!

ARIAS.

(Con entereza.)

Ya basta. No; no es justo

que de la patria la salud se entregue,

y el honor de Zamora y vuestro nombre

de un anciano infeliz al brazo endeble,

¿Por qué no son, ¡oh Dios!, aquellos días

en que ese acero, que con mengua duerme,

y este trémulo brazo, ya sin brío,

fueron terror de las moriscas huestes,

y de Toledo y de Aragón asombro,

y del rey, vuestro padre, apoyo fuerte?

INFANTA.

Si aquellos días venturosos fueron,

dejáronte la gloria, que esclarece

tu nombre, Arias Gonzalo, y que es eterna.

Y en estos tres el Cielo te concede

nueva vida y aliento, y nuevas glorias

tu noble sangre su valor enciende.

ARIAS.

(Entusiasmado.)

¿Y qué pudiera consolarme, infanta,

de que estas canas en el ocio queden,

sino el pensar que al fin será mi sangre

la que hoy honre a la patria y la liberte?

INFANTA.

Tu sangre, sí, y tu espada,

(Hace una seña a Gómez, quien recoge la espada del suelo y se la da a la Infanta.)

que este acero

que así desechas, y que injusto ofendes,

será prenda segura de victoria,

y de mi mano lo tendrá el valiente

que al campo ha de salir.

ARIAS.

(Decidido.)

Y salga al punto

el que vos designéis.

GONZALO.

Quien salir debe

soy yo, pues de la infanta, caballero...

DIEGO.
(Alterado.)

Entre los tres, decídalo la suerte.

PEDRO.
(Adelantándose a todos.)

Yo tan sólo...

INFANTA.
(Conteniéndolos.)

Escuchad. Don Diego Ordóñez

del castellano ejército es el jefe,

y ha de igualarle en dignidad y mando

el que salga primero a responderle.

Alcaide es Pedro de la fiel Zamora,

firme caudillo de mis bravas huestes,

y es, a la par, vuestro mayor hermano;

ved, pues, si la batalla le compete.

(Le entrega la espada.)

PEDRO.

(Toma la espada, besando la mano a la Infanta.)

¡Oh instante el más dichoso de mi vida!

Llegó a su cumbre mi felice suerte.

ARIAS.

(Entusiasmado, abrazando a Pedro.)

Dame, dame los brazos, hijo mío.

Dichoso tú, dichoso tú mil veces,

que a salvar a la patria eres llamado,

y que el primero que despiertas eres

la noble envidia en mi ardoroso pecho.

Ven, que te quiero armar.

INFANTA.

¡Dios!..., protegedle.

(Vanse por un lado Arias y sus hijos con los Regidores, Caballeros y Guardias, y por otro, la Infanta, Gómez, Damas y Pajes.)

Acto quinto
Escena primera

ARIAS y GÓMEZ

ARIAS.

(Sale con muestras de resistir un profundo dolor y se sienta junto a la mesa.)

Déjame, Gómez, deja que mis ojos

puedan romper sin mengua en lloro amargo,

pues a la patria con llorar no ofende,

aquí escondido, un padre, un triste anciano,

a quien el Cielo prolongó la vida

para el tormento y el dolor. ¡Aciago

(Pausa.)

mil y mil veces el fatal momento

en que nació Bellido! ¡Cuánto y cuánto

luto y afán a la infeliz Zamora,

y a mí, aun más infeliz, su crimen trajo!

(Pausa.)

¡Hijo del alma mía!... Sí; mis ojos

te han visto perecer... ¡Desventurado!,

te han visto perecer.

GÓMEZ.

Ah!, considera,

señor, que por la patria, y sustentando

la razón y justicia...

ARIAS.

(Con entereza.)

¿Y yo a la patria

dos hijos que me restan niego acaso?

Mueran, sí, todos por la patria, mueran;

mas a un viejo infeliz dejadle el llanto.

GÓMEZ.

Si tú, señor, perdiste a tu hijo,

en él hoy pierde el pueblo zamorano

su mejor caballero.

ARIAS.

¡Gómez!... ¡Gómez!...

¡Tú viste cuán valiente y cuán gallardo

se presentó a la lid! ¡Destino injusto!

¿Quién pudiera pensar, cuando mis manos

le enlazaban el yelmo y la coraza,

palpitándome el pecho, que ya el brazo

de la tremenda, inexorable muerte

sobre su cuello estaba levantando?

¡Cielos! Perdona, ¡oh patria!, mi flaqueza;

mis lágrimas perdona; al grito santo

de la Naturaleza no resiste

la más alta virtud del pecho humano...

¡Oh desesperación!... ¿Que la justicia,

que el honroso valor pueden, en tanto

que la ciega fortuna, a su capricho,

reparta triunfos y conceda lauros?

¿Quién, Gómez, quién imaginar pudiera

que guerrero tan diestro y esforzado,

y que tan justa causa defendía,

no fuese el vencedor? ¡Ay!, del contrario

la horrenda lanza atravesó aquel pecho,

dulce esperanza a mis caducos años...

Yerto el cadáver de mi Pedro yace...

Su sangre inunda ese funesto campo.

¡Pedro! ¡Hijo mío! ¡Oh Dios!

GÓMEZ.

Sólo pudieron

con ventaja vencerle. Su caballo,

rompiendo el freno, sin defensa...

ARIAS.
(Despechado.)

Amigo,

si yo, cual debí hacerlo, despreciando

súplicas, y respetos, y razones,

el primero en la lid hubiera entrado,

tal vez...

GÓMEZ.
Pues ¿qué, señor...?

ARIAS.
(Abatido.)

Gómez, al menos.

de haberme dado muerte, el duro brazo

del retador soberbio encontrarían

fatigado mis hijos, y si acaso

ciega fortuna les negaba el triunfo,

no sufriera el martirio de mirarlo

este padre infelice.

GÓMEZ.

No extinguido

con Pedro queda tu linaje claro.

Otros dos hijos aún te guarda el Cielo,

otros dos hijos, cuyo ardor bizarro

tu consuelo será, será tu gloria

y de la infanta y de Zamora amparo.

En la honrosa palestra, en este instante,

el valeroso Diego está vengando

tu aflicción, a la patria defendiendo,

y pronto vencedor vendrá a tus brazos.

ARIAS.

(Animado.)

Así lo espero. La horrorosa vista

del cadáver sangriento de su hermano

y el lloro del dolor y del despecho

que Diego vio en mis ojos, inflamando

su noble corazón, dará a su saña

tan alto esfuerzo, que su espada el rayo

será de mi venganza, y de Zamora

el honor y defensa.

(Con gran sorpresa.)

¿Has escuchado?

GÓMEZ.
(Agitado.)

Rumor de trompas...

ARIAS.

Y confusas voces...

¡Cuál palpita mi pecho!... ¿Venció?

GÓMEZ.

Parto

a saberlo, señor, y torno al punto

con la nueva feliz.

(Vase.)

ARIAS.

¡Oh Cielo santo!

Escena segunda

ARIAS, solo, levantándose

ARIAS.

¡Corro a abrazarte, Diego ¡Cruda suerte!

¿Por qué, Pedro infeliz, por qué hijo amado

no fuiste tú el dichoso y de laureles

ceñido, no te estrecho entre mis brazos?

¡Las trompas otra vez!... ¡Diego, hijo mío!

Mas la infanta... ¡Señora!

Escena tercera

ARIAS y la INFANTA

INFANTA.

(Con el mayor desconsuelo.)

¡Arias Gonzalo!

ARIAS.

¿Dónde está el vencedor?

INFANTA.

Detente.

ARIAS.

(Desasosegado.)

¿Diego

no me viene a abrazar?... ¡Señora! ¿El llanto

os embarga la voz?... ¿Calláis?

INFANTA.

(Con gran dolor.)

¡Amigo!...

tu hijo tercero, en este punto al campo

sale a lidiar, a defender la patria

y a dar justa venganza a sus hermanos.

ARIAS.

(Cayendo en el sillón.)

¡Día de maldición!

INFANTA.

El más funesto

de cuantos respiré y el más aciago...

(Larga pausa.)

ARIAS.

¡A mi Diego también!

(Apoya el rostro contra la mesa, sumergido en profundo dolor.)

INFANTA.

¿Qué horrenda Furia

presta el infierno al furibundo brazo

que así corta la flor de mis guerreros

y que la atroz calumnia sustentando

vence a los invencibles? ¿Dónde, dónde

la justicia y razón tendrán amparo?

¿Y aún más víctimas? ¡Ay! ¿Aún otro cuello

el orgulloso tronchará?...

ARIAS.

(Levantándose fuera de sí.)

Un caballo;

denme pronto un caballo y una lanza.

Yo seré el vengador, yo...; aún este brazo...

INFANTA.

(Conteniéndole.)

¡Ah!... ¿Qué pretendes?... ¡Desdichado padre!

ARIAS.
¿Qué pretendo? Morir.

INFANTA.

¿Morir?

ARIAS.

La mano

que romper pudo tan preciosas vidas

de con un golpe fin...

INFANTA.

¿Dudas acaso

de que el piadoso Cielo de su ayuda

al tercer campeón?...

ARIAS.
(Más reportado.)

¡Ay mi Gonzalo!

Suyo el triunfo será...

(Cayendo en nuevo abatimiento.)

¡Vana esperanza!

¿Qué en mi desdicha y mi dolor aguardo?

¡Infeliz resto de infeliz familia...

En la sangre..., ¡qué horror!, de tus hermanos

ya te están viendo mis marchitos ojos

resbalar y caer.

INFANTA.
(Estremecida.)

Cesa; tu labio

desgarra, sin saberlo, el pecho mío...

¿Qué has dicho...? ¡Oh funestísimo presagio!

Escena cuarta

Los mismos y GÓMEZ

GÓMEZ.
(Apresurado.)

Venid, venid, don Arias, que a Zamora

está nueva deshonra amenazando

al ver los dos cadáveres sangrientos

yacer en medio del inculto campo;

el insultante orgullo y alegría

que ostentan los guerreros castellanos;

el satánico ardor del fuerte Ordóñez,

que más víctimas pide en gritos altos,

de sangre tintas las lucientes armas,

y al ver que sólo ya queda Gonzalo,

y que en la lid tan joven se presenta,

enfurecido el pueblo zamorano

y en desesperación y en ira ardiendo,

intenta, ciego, atropellar los pactos,

el seguro romper, y contra Ordóñez

en tumulto salir. De este palacio

el pórtico ya invade en rancos gritos

pidiendo... ¿No escucháis?

VOCES.
(Dentro.)

Venganza; al campo.

ARIAS.
(Recobrando toda su entereza y con gran indignación.)

¿Y donde vos mandáis, donde yo vivo,

se podrá cometer tal atentado?

¿No sostiene la lid un caballero?

¿Quién osará faltar a nuestros pactos?

Llore yo; mas yo solo, que soy padre,

sin que produzca crímenes mi llanto;

mueran todos mis hijos, yo perezca,

si los cielos así lo decretaron;

mas no se cubra de ignomia horrible

la ciudad de Zamora. Gómez, vamos.

(Vase.)

Escena quinta

INFANTA, sola

INFANTA.

(Queda sumergida en profundo meditación, y después de una larga pausa, dice como fuera de sí):

¡En qué mar de dolor mi alma se anega!

¿Qué importa? Salga el pueblo, haga pedazos

al orgulloso Ordóñez... Todo, todo

se pierda, como viva mi Gonzalo.

¿Qué digo? ¡Oh Dios!

(Pausa.)

Ni sé lo que deseo,

ni sé lo que me cumple... ¡Injustos astros!

Sí lo sé... El corazón y el alma toda

anhelan ver a quien adoro en salvo.

¿Qué es todo lo demás?... Gonzalo viva,

viva y perezca el Universo... ¿Acaso

sin él puedo existir?... En él tan sólo

concentro el mundo todo; mas ¿qué insano

frenesí de mi mente se apodera?

(Pausa.)

¡Qué horror!... ¡Qué horror!... ¿El furibundo brazo

de esa Furia infernal, que al fuerte Diego

y a Pedro el invencible en el letargo

de la espantosa tumba hundió sañudo,

también tu cuello hermoso...? ¿Y yo qué aguardo,

que no corro a poner el pecho mío

entre tu vida y el furor contrario?

Sí; yo seré tu escudo...

(Hace ademán de irse, pero se detiene.)

¡Ay desdichada!

¿Adónde, adónde voy?

(Pausa.)

Fatal palacio,

dosel, ya potro horrible de tortura,

regia sangre infeliz que, palpitando

en este corazón, eres veneno

de mi amargo vivir... ¡Afortunados

los que en el bosque, en ignorada cuna

nacen y crecen, y tranquilos años

pasan felices en oscura suerte

del poder los desastres ignorando!

(Queda sumergida en profunda meditación, y después de una pausa, al advertir que se acerca alguien, dice sobresaltada):

Alguien se acerca, ¡oh Dios! ¿Qué horrible nueva

voy tal vez a escuchar?

Escena sexta

INFANTA y GÓMEZ

GÓMEZ.

De Arias Gonzalo

la presencia bastó para que el pueblo

a su furiosa empresa renunciando

el éxito del duelo espere en calma

y respete la fe de lo tratado.

Tal fuerza tiene y tal valor inspira

la severa virtud del noble anciano.

INFANTA.
(Agitada.)

¿Y el hijo que le resta, dónde...?

GÓMEZ.

Ahora,

¡favorézcale el Cielo!, en lid ha entrado

con el altivo retador.

INFANTA.

Y el padre,

¡oh padre sin ventura!, ¿querrá acaso

el incierto combate ver?

GÓMEZ.

Señora,

si su virtud lo juzga necesario

para animar al pueblo, irá sin duda,

más que los bronces duro, a presenciarlo.

Tal es su fortaleza. Mas sus ojos

hacia la liza ni aun volverse osaron.

INFANTA.

¿Y dónde está...?

GÓMEZ.

Con Lara y con Manrique,

a quienes hizo riguroso encargo

de guardar bien las puertas, porque nadie

dé auxilio alguno al que sostiene el campo.

INFANTA.
¡Inflexible varón!

GÓMEZ.

Aquí ya torna.

Escena séptima

Los mismos y ARIAS

ARIAS.
(Con gravedad.)

Nada temáis. El pueblo zamorano

honra tiene y virtud. Oyó mis ruegos

y oyó la voz de la razón. Los pactos

respetados serán.

INFANTA.
(Inquieta.)

¿Y el hijo tuyo?

ARIAS.

Sé que combate, y con valor, Gonzalo,

aunque verle no osé;

(Enternecido.)

no, que allí mismo

yacen los cuerpos de sus dos hermanos...

¿Cómo mis ojos...?

INFANTA.

Marcha, marcha Gómez;

el combate presencia... Ve, y si acaso...

GÓMEZ.

Entiendo, entiendo.

(Vase.)

Escena octava

INFANTA y ARIAS

ARIAS.

(Aparentando gran entereza.)

Y vos, ilustre infanta,

¿por qué no vais también a presenciarlo?

Id, id a contemplar cuán altamente la familia

infeliz de Arias Gonzalo

os sirve, y os defiende, y cumple, y llena

de vuestro augusto padre los encargos.

(Vuelve a su abatimiento y se sienta.)

Id y dejad a un infelice viejo,

que esforzarse y luchar pretende, en vano

con el dolor que le destroza el alma,

con el rigor del Cielo despiadado.

Id, sí, dejadme solo, y vuestro esfuerzo,

esfuerzo en el que manda necesario,

no enerven, ¡ay!, de un padre los gemidos

y de un mísero viejo el débil llanto.

Rinda a Naturaleza su tributo...

INFANTA.

¡Ay!... Si vieras mi pecho destrozado,

y que cuál tú...

ARIAS.

(Con viveza.)

Señora, no sois madre;

lo que en mí pasa, ni podéis soñarlo.

INFANTA.

(Turbada.)

¡Arias!, madre no soy...; mas, ¡ay!, mi pecho...

(Resuelta.)

¿Por qué lo he de negar? Arias, me abraso

por ese joven, por el hijo tuyo.

Para él sólo respiro, le idolatro.

En gran peligro está por defenderme.

¿Y negaré mi amor?... ¿Por qué negarlo

cuando pasión tan noble me envanece.

ARIAS.

(Con gran sorpresa.)

¿Deliro yo? ¡Señora!... ¿Mi Gonzalo...?

INFANTA.

Tu Gonzalo es mi amor. Dosel, Zamora,

y mi alma entera y cuanto soy le guardo

para premiar su esfuerzo y su ternura.

Me ama y le adoro; sí.

ARIAS.

(Admirado y confuso.)

¡Dios soberano!

¿Qué pronunciáis, señora... ¿Vos, nacida

en regia cuna, para ser encanto

del primer rey del orbe, a un hijo mío,

nacido para ser vuestro vasallo...?

INFANTA.

(Con viveza.)

Todo lo iguala amor.

ARIAS.

Lo iguala todo,

mas, ¡ay!, que es funestísimo presagio,

amor que rompe, esplende y se declara

entre guerra, traición y asesinatos;

entre los alaridos de la muerte,

entre sangre, y horror, y acerbo llanto.

INFANTA.

(Con vehemencia.)

Si justo el Cielo le concede el triunfo,

premio de su valor será mi mano.

Si mi resolución es verdadera,

si es fuerte mi pasión, puedes notarlo

al ver que las declaro en este día

que solemnizan infortunios tantos.

ARIAS.
(Confundido.)

¡Señora!... ¿Y yo pudiera...?

INFANTA.
(Sorprendida.)

¡Oh gozo!... Escucha.

ARIAS.
(Levantándose apresurado.)

¿Victoria grita el pueblo?...

INFANTA.
(Fuera de sí de gozo.)

Resonando

victoria el aire está... Triunfó, no hay duda.

Oye cuál cunde el victorioso aplauso.

ARIAS.
¿Me engaña, ¡oh Dios!, mi débil fantasía?

INFANTA.

(Asiendo por la mano a Arias.)

Cierta es mi dicha. A coronarle vamos.

ARIAS.

(Caminando lentamente.)

¡Ay!, aun no osa entregarse el pecho mío

a tal felicidad. Me ataja el paso

hielo espantoso.

Escena novena

Los mismos y GÓMEZ

GÓMEZ.

(Gozoso.)

Libre está Zamora;

y la gloria del triunfo es de Gonzalo.

INFANTA.

¿Vive?...

GÓMEZ.

Y ya viene aquí.

ARIAS.

Dolor y gozo

tienen mi corazón hecho pedazos.

GÓMEZ.

(Queriendo detener a Arias y a la Infanta.)

¡Qué valor generoso, ¡Qué nobleza!

Terrible fue el combate, aunque no largo.

Con horrendo furor, lanza con lanza,

dos veces los valientes se encontraron,

y a la tercera vez, hechas astillas,

las tajantes espadas desnudando,

con nuevo empuje y con igual arrojo

se embisten cuerpo a cuerpo. Tiembla el campo,

retumba el eco a los furiosos golpes,

chispean los arneses acerados.

La fortuna indecisa se mostraba,

cuando de Ordóñez tropezó el caballo

cubierto de sudor. Nuestro guerrero,

noble, como valiente, en gritos altos,

retirando la espada, dice: «Ordóñez,

álzate y torna en ti, que no combato

yo nunca con ventaja.»

ARIAS.

¡Ay hijo mío!

Con ventaja a mi Pedro derribaron.

GÓMEZ.

Repuesto Ordóñez, se trabó de nuevo

la terrible contienda. Un fuerte tajo

de la espada enemiga, al hijo tuyo

hirió, rompiendo su bruñido casco,

y vaciló un momento...

INFANTA.

¡Oh Dios!

ARIAS.

(Con inquietud.)

¡Acaba!

GÓMEZ.

... y aun cayó sobre el cuello del caballo.

No sé si entonces recibió otra herida.

Mas de pronto, la frente levantando

y esgrimiendo la espada vencedora,

corta las riendas del corcel contrario;

hiere en el cuello a Ordóñez, le derriba

y queda la victoria por Gonzalo.

INFANTA.

¡Oh Dios!... Pero ¿está herido?...

ARIAS.

A recibirle

marchemos, sí, marchemos.

GÓMEZ.

Ya en palacio

pienso que está. Sí, el pueblo le conduce.

INFANTA.

¡Ay!... Ya le veo... ¡Oh Dios!

ARIAS.

De horror me pasmo;

apenas se sostiene...

INFANTA.

(Apoyándose en la mesa.)

¡Ay!, desfallezco.

Escena décima

INFANTA, ARIAS, GÓMEZ, GONZALO (herido de muerte), CABALLEROS,
REGIDORES, DAMAS, PAJES y GUARDIAS

ARIAS.

(Corriendo a su hijo.)

¡Hijo del alma! ¡Ven, ven a mis brazos!

GONZALO.

(Desfallecido.)

Sí; gozoso a morir.

INFANTA.

(Sin poder contener las lágrimas.)

¡Desventurada!...

GONZALO.

(Moribundo.)

¡Padre! ¡Señora! ¡Qué lloráis? Vengados

mis hermanos están, libre Zamora;

y yo soy venturoso, pues exhalo

el último suspiro a vuestras plantas.

Ante ellas pongo de mi triunfo el lauro,

y de Ordóñez de Lara el fuerte acero.

(Deja a los pies de la Infanta una espada que trae en la mano.)

¡Padre!... ¡Señora!... ¡Amigos!...

(Se desmaya.)

ARIAS.

¡Mi Gonzalo!

INFANTA.

(Fuera de sí.)

¡Valiente campeón! ¡Héroe glorioso!

¡Oh injusta suerte! ¡Embravecidos astros!

Vive como mereces, y recibe

el galardón que a tu valor consagro.

¡Oh Dios!... El hielo horrible de la muerte

lo embarga ya ¡Gonzalo, mi Gonzalo!

GONZALO.

(Haciendo el último esfuerzo.)

¡No me olvidéis jamás!...

(Expira.)

INFANTA.

(Cayendo desmayada en brazos de sus damas.)

¡Ábrete, oh tierra;

confúndeme en tu seno!

GÓMEZ.

(Ayudando a Arias a sostener el cadáver.)

¡Cielo santo!

¡Funesto día!

(Larga pausa.)

ARIAS.

Libre está Zamora,

mas, ¡ay!, cuánto le cuesta a Arias Gonzalo!

(Cae el telón.)

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

